



Concurrieron al entierro las tropas...



CAPÍTULO XII

Cartas interesantes

De Buenaventura Ortiz á Crescencio Torres Lares.

San Luis Potosí, á 20 de Junio de 1858.



¡ Querido Chencho: Prometí escribirte dándote noticia de todo cuanto pasara en nuestro campo, y gustoso cumpla mi oferta. El 30 del pasado llegamos á esta ciudad, que por cierto es muy linda y donde abunda la gente buena.

Nos recibieron con un gusto de que tú no puedes tener idea; pues nada menos temían que les atacara el bárbaro Zuazua, que, como tú sabes, es el espanto de estos rumbos. Parece que, de acuerdo con su compadre Vidaurri, se ha propuesto acabar con el ejército reaccionario, pues tras los horribles asesinatos de Zacatecas, de que te dí noticia, ha dispuesto que se mate al señor cura Santillán y á un

oficial de cada uno de los cuerpos que han caído en su poder.

Entramos bajo arcos de flores, entre músicas, cohetes, repiques, palomas que arrojaban de los balcones y gritos de la gente entusiasmada. Diez pollas de las más guapas de esta capital, donde las hay muy guapas, recibieron á nuestros generales, y mientras una les arengaba diciéndoles que merecían la gratitud de las gentes por defender la religión, tres prendieron una medalla en el pecho del señor Osollos, y tres otra medalla en el del señor Miramón.

Luego el gobernador Othón dirigió al jefe un discursito muy bien hilado, diciéndole, entre otras cosas, que era consanguíneo del pueblo potosino, ya que había mezclado su sangre con la de éste en la famosa batalla de la Magdalena. Osollos contestó con pocas palabras; pero tan bien, que le aclamó la gente por un rato larguísimo.

Apenas habían pasado cuatro días, y cuando nos figurábamos que íbamos á salir á toda prisa en persecución de los demagogos, supimos que el General estaba enfermo. Creímos en un resfriadillo cualquiera; pero á los dos días se averiguó que el mal era fiebre, y que don Miguel Jiménez, el famoso doctor de México, vendría á encargarse de su curación.

No sé por qué; pero apenas conoció la tropa lo que pasaba y pensó que el General no se levantaba de esa, y

lo que era peor, que la enfermedad provenía de algún bebedizo que le habían dado los *tagarnos* ó los meros *carcamaneros* de la política de México.

Unos días se decía que don Luis seguía mejor, otros por el contrario, que seguía peor, y la gente no sabía á qué atenerse. Miramón salió de partida á perseguir liberaletes, y entretanto la cosa seguía aquí peor. Don Luis estaba en sus cinco sentidos, haciendo encargos y dando á conocer que sabía cuán cerca estaba su muerte.

Al recibir el Viático, que le dió el señor obispo Barajas, cuando le presentaron una imagen de la Virgen, dijo con voz fuerte: «Madre mía, dile á tu Santísimo Hijo que todo cuanto he hecho ha sido para conseguir el brillo de su religión sagrada y el bien de mi patria.»

Al doctor Jiménez le dijo: «Cuando hables con el señor Zuloaga, dile que muero su amigo; que exhorto desde la orilla del sepulcro á él y todos los nuestros á que se sacrifiquen por el bien de México, pues sólo seremos dichosos cuando se acaben los partidos personalistas.»

Y hablando, hablando, se quedó como paloma el grande hombre á quien no pudieron vencer los cañones constitucionalistas, y venció una calenturita tenaz. Nosotros los oficiales estamos, como te figurarás, muertos de aflicción y sin saber á quién volver los ojos, pues este general de treinta años era nuestro sostén y nuestra fuerza. ¡Dios le tenga en su santo seno!

El entierro fué como tenía que esperarse de la calidad del difunto y de la adhesión de este pueblo á los buenos principios; se tendió el cadáver de gran uniforme, teniendo al pecho la única mano que le restaba, pues la otra la había perdido defendiendo la causa del orden.

Concurrieron al entierro las tropas, autoridades, religiones, particulares notables y demás gentes distinguidas. Sobre el féretro iban la espada invencible del caudillo y su sombrero montado.

Este general, que si hubiera sido progresista no habría dejado de adueñarse de varias docenas de casas y haciendas, siendo conservador y hombre honrado se conformó con su sueldo. Deja apenas tres caballos por herencia, y recomienda se paguen cien pesos que del valor de uno debe todavía. Si el Supremo Gobierno no se acuerda de su familia, no tendrá ésta, para subsistir, ni la paga de estos días.

Ya ves que mi carta tiene su interés y que hice bien en escribirte. — Tuyo,

B. O.

De don Manuel Toribio Alvirez á don Bernardo Couto

Morelia, 27 de Septiembre de 1858.

Muy estimado señor y compañero: Le escribo á usted para darle cuenta de los tremendos acontecimientos que

hemos presenciado en esta ciudad durante los últimos días, acontecimientos que han llenado de luto mi corazón, ocasionándome de paso una nueva pena personal.

Usted recuerda la situación en que me colocó mi carta acerca de los bienes del clero; hasta los Santos Sacramentos se me han negado y estoy ahora como un paria y un pecador público. Usted, que sabe lo que significa para un espíritu creyente y lleno de fe una prohibición de esa clase, podrá medir mi inmenso desconsuelo. ¡Dios mejore mis horas y me las dé más prósperas!



D. EPITACIO HUERTA

Difiriendo como diferimos en muchos puntos de disciplina, creo nos encontramos de acuerdo en el amor á nuestra sagrada religión. ¡Lástima que mi espíritu sea un inquieto y que no logre por más que se esfuerza, el equilibrio que tanto necesita!

Epitacio Huerta, nuestro gobernador, reunió al clero y particulares para hacerles presente que necesitaba una

suma muy grande para continuar la guerra, amenazando en otro caso con entrar á saquear la catedral y tomar la plata y alhajas.

Se hicieron á Huerta ofrecimientos sobre ofrecimientos; pero como ninguno llegaba á la suma pedida, se preparó á poner por obra sus amenazas.

El martes á las cinco de la mañana, más de doscientos soldados de Régules asaltaron la catedral. Como estaba cerrada y no quisieron abrirla, rompieron la puerta de hierro que comunica con el sagrario, aprehendieron al teniente cura, vicarios y acólitos, al padre sacristán Dueñas, á los sacristanes García Bermúdez y Nicolás. Catearon el templo en busca de dinero, cogieron herreros y plateros de la calle y los metieron por fuerza; todo esto por acuerdo de Huerta y Blanco y órdenes de aquél, que ejecutó á su gusto el Porfirio García, que era agente de Baz, con Mariano Ortiz y otros que todavía no sé, ayudados por el tuerto prefecto González.

El veintitrés comenzaron á quitar la plata de la cruz, frontales, lámparas, blandones, ciriales, ambones, atriles, candeleros, ánforas, y un San Miguel de plata que sirve en las letanías. Algunos aseguran que el robo alcanzó á custodias, cálices, copones, incensarios, navetas y vinajeras de oro y cajas de reliquias. Yo nada digo, por no calumniar á nadie: ya usted sabe que no es permitido levantar falsos ni al mismo diablo.

Se asegura también que quitaron un rico anillo al señor Portugal y que cogieron la pila bautismal, que es de plata. Hay quien diga que arrastraron con el dinero de la mutua beneficencia.

Hasta ayer tenían empacados ciento sesenta tercios. Llevaron al escribano Valdovinos á que diera fe del peso y empaque de la plata... Igualitos á los gatos de la fábula, se comieron el capón; pero sintieron remordimiento á la hora que se trató de devorar el asador. ;Era caso de conciencia!

Como muchas alhajas estaban escondidas, golpearon á los sacristanes y los amenazaron con fusilarlos si no denunciaban. Uno de ellos cantó.

No permitió Huerta que se trasladase á Nuestro Amo á otro templo, y cuando los señores gobernadores de la mitra ordenaron que se consumiera, y lo iba á ejecutar el padre sacristán en el Sagrario, el ejecutor García de León impidió que se verificara tal acto, diciendo que fueran á consumir... Aquí no puede la lengua, ni la pluma consiente, estampar las terribles blasfemias, propias para dichas por condenados y para oídas en los infiernos.

Dícese que tienen contratada la plata con una casa alemana de Colima, y que para allá sacan el inmenso cargamento.

Todo esto es terrible, ¿verdad?; pues más espantosa es

todavía la manera con que se ejecutó el despojo. La infame soldadesca pasó tres días comiendo, bebiendo y fumando en presencia de su Divina Majestad; recorrió todos los rincones del templo y quitó de los dedos descarnados de los pastores muertos, las esposas de ametistas que los engalanaban.

El pillo de García de León se vistió amitos, casullas y capas pluviales riquísimos, se lió cíngulos de oro, se colocó en la cabeza la tiara que tenía una imagen de San Pedro, y sentado en el más lujoso sillón del coro recibió los homenajes de todos aquellos demonios desencadenados, á quien encabezaban un tal Moreto, italiano, secretario de Blanco, y un moreliano de pésima fama, Francisco Martínez, alias el *Mono*. Todos estaban beodos con el vino de celebrar que hallaron en la sacristía, y que bebieron á pasto en los cálices y vinajeras consagradas.

Para colmo de atrocidades, el Porfirio García subió al púlpito enteramente trastornado por la bebida, dijo una serie de disparates predicando la disolución y el vicio más horrorosos, y concluyó por echar sobre los réprobos que lo escuchaban, las bocanadas del alcohol de que se había llenado la barriga.

Yo ví á ese malvado recorrer las calles en carretela abierta, vestido de charro, tocado con lujoso sombrero que tenía una riqueza en brillantes, calzado un pie con bota ordinaria y el otro, que tenía enfermo, con sandalia

arzobispal cuajada de pedrería y procedente del horrible atentado.

Las gentes se detenían á mirarle y él se limitaba á lanzar bocanadas de humo y miradas de desdén. No se salvó del robo más que el báculo bendito del bienaventurado don Vasco de Quiroga, que con grandes honores se llevó á palacio... y eso porque el báculo era de otate.

Todas estas cosas me han consternado terriblemente. ¿Serán un signo de los tiempos? ¿Será que vayamos á ver aquí abominaciones como las que en Francia se vieron en tiempo de la gran revolución?

Yo escribí al señor Huerta una larga carta en que le demuestro que incurre en múltiples censuras por haber violado el Santuario, por haber tomado á la fuerza cosas que la Iglesia tenía consagradas al culto y por haberse aprovechado de ellas.

Le pruebo que no se está en el caso de la *bula Aurum* que se invocó cuando Trujillo tomó bienes con el consentimiento de la Iglesia, y lo exhorto á devolver lo robado.

Cierto estoy de que va usted á contristarse con estos sucesos, verdaderamente inauditos; pero se los comunico para que esté enterado de todo cuanto pase. Dios quiera devolver la paz á su Iglesia, el reposo á las conciencias y sus bienes al templo.

Se me pasaba decir á usted que, si por mi carta ante-

rior me felicitaron todos los prohombres liberales, y hasta me declararon benemérito del Estado, por la nueva me han declarado loco y chiflado. ¡Variaciones de los hombres y aberraciones naturales en ellos!

Soy de usted adicto amigo, compañero y s. s. q. b. s. m.

MANUEL T. ALVIREZ.



CAPITULO XIII

Entre covachuelistas

DIGA usted, mi querido Vecilla, ¿qué noticias hay sobre pecunia? ¿Se paga por fin á las tropas, ó «todavía se aguarda un esfuerzo más de parte de los dignos ciudadanos que han seguido al gobierno legítimo en el éxodo que se ha visto obligado á emprender?»

— Malas noticias, señor Pliego, contestó el llamado Vecilla, tajando la pluma de barbas azules con un cahicuerno que introdujo respetuosamente en su vaina, después de probar los puntos de la péñola. Me acaban de decir que no habrá pagas hasta la semana que viene, pues á lo que parece, nos movemos de Sayula para ir á encontrar al enemigo.